

Natividad del Señor, Misa de Medianoche (Año Par)

Lc 2,1-14

"Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado" (Is 9, 5). Acabamos de escuchar en el Evangelio lo que en la Noche santa los Ángeles dijeron a los pastores y que ahora la Iglesia nos proclama: "Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis una señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre" (Lc 2, 11...). Nada prodigioso, nada extraordinario, nada espectacular se les da como señal a los pastores. Verán solamente un niño envuelto en pañales que, como todos los niños, necesita los cuidados maternos; un niño que ha nacido en un establo y que no está acostado en una cuna, sino en un pesebre. La señal de Dios es el niño, su necesidad de ayuda y su pobreza. Sólo con el corazón los pastores podrán ver que en este niño se ha realizado la promesa del profeta Isaías que hemos escuchado en la primera lectura: "un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Lleva al hombro el principado" (Is 9,5). Tampoco a nosotros se nos ha dado una señal diferente. El ángel de Dios, a través del mensaje del Evangelio, nos invita también a encaminarnos con el corazón para ver al niño acostado en el pesebre.

Hoy se renueva el misterio de la Navidad: nace también para los hombres de nuestro tiempo este Niño que trae la salvación al mundo; nace trayendo alegría y paz a todos. Nos acercamos al Portal conmovidos para encontrar, junto a María, al Esperado de los pueblos, al Redentor del hombre, al deseado de todas las naciones.

"Un niño nos ha nacido. Un hijo se nos ha dado" (Is 9, 5). Estas palabras proféticas se ven realizadas en la narración del evangelista san Lucas, que describe el 'acontecimiento' lleno cada vez más de nueva admiración y esperanza. En la noche de Belén, María dio a luz un Niño, al que puso por nombre Jesús. No había lugar para ellos e la pensión; por esto la Madre alumbró al Hijo en una gruta y lo puso en un pesebre.

Contemplemos con María el rostro de Cristo: en aquel Niño envuelto en pañales y acostado en el pesebre (cf. Lc 2, 7), es Dios quien viene a visitarnos para guiar nuestros pasos por el camino de la paz (cf. Lc 1, 79). María lo contempla, lo acaricia y lo arropa, interrogándose sobre el sentido de los prodigios que rodean el *misterio de la Navidad*.

El evangelista Juan, en el Prólogo de su evangelio, penetra en el 'misterio' de este acontecimiento. Aquel que nace en la gruta es el Hijo eterno de Dios. Es la Palabra, que existía en el principio, la Palabra que estaba junto a Dios, la Palabra que era Dios. Todo lo que ha sido hecho, por medio de la Palabra se hizo (cf. 1,1-3).

La Palabra eterna, el Hijo de Dios, tomó la naturaleza humana. Dios Padre "tanto amó al mundo que le ha dado su Hijo único" (Jn 3,16). El profeta Isaías al decir: 'un hijo se nos ha dado', revela en toda su plenitud el misterio de Navidad: la generación eterna de la Palabra en el Padre, su nacimiento en el tiempo por obra del Espíritu Santo.

La Navidad es misterio de alegría. En la noche los ángeles han cantado: "Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que Dios ama" (Lc 2, 14). Han anunciado el acontecimiento a los pastores como "una gran alegría, que lo será para todo el pueblo" (Lc 2, 10). Alegría, a pesar de estar lejos de casa, a pesar de la pobreza del pesebre, a pesar de la indiferencia del pueblo, a pesar de la hostilidad del poder. Misterio de alegría a pesar de todo, porque "hoy os ha nacido, en la ciudad de David, un salvador" (Lc 2, 11).

De este mismo gozo participa la Iglesia, inundada hoy por la luz del Hijo de Dios: las tinieblas jamás podrán apagarla. Es la gloria del Verbo eterno, que por amor se ha hecho uno de nosotros.

La Navidad es misterio de amor. Amor del Padre, que ha enviado al mundo a su Hijo unigénito, para darnos su misma vida (cf. 1 Jn 4, 8-9). Amor del 'Dios con nosotros', el Emmanuel, que ha venido a la tierra para morir en la cruz. En el frío Portal, en medio del silencio, la Virgen Madre presente ya en su corazón el drama del Calvario. Será una lucha angustiosa entre las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida, entre el odio y el amor. El Príncipe de la paz, que nace hoy en Belén, dará su vida en el Gólgota para que en la tierra reine el amor.

La Navidad es misterio de paz. Si, el Niño de Belén es nuestra Paz! ¡La Paz de los hombres! La Paz para los hombres que El ama (cf. Lc 2,14). Dios se ha complacido del hombre por Cristo. No se puede destruir al hombre; no está permitido humillarlo; no está permitido odiarlo! ¡Paz a los hombres de buena voluntad!

Pidamos al Señor que nos dé la gracia de mirar esta noche el pesebre con la sencillez de los pastores para recibir así la alegría con la que ellos tornaron a casa (cf. Lc 2,20). Roguémoslo que nos dé la humildad y la fe con la que san José miró al niño que María había concebido del Espíritu Santo. Pidamos que nos conceda mirarlo con el amor con el cual María lo contempló. Y pidamos que la luz que vieron los pastores también nos ilumine y se cumpla en todo el mundo lo que los ángeles cantaron en aquella noche: "Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor". ¡Feliz Navidad a todos y a cada uno!

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)